

kaia, Gipuzkoa, Araba, Navarra, Labourd, Soule y Baja Navarra acabará encontrando eco –con mayor o menor fortuna– en territorio americano.

Aunque con muchas dificultades, en la actualidad, las ideas de Sabino Arana están presentes en todos los centros vascos ubicados fuera de España, especialmente en América. La desaparición del carlismo y la política de subvenciones de los distintos gobiernos autónomos de Euskadi en manos nacionalistas han contribuido a dicha realidad. Sin embargo, el número de personas que componen estos centros ronda sólo la cifra de 30.000 socios, del resto de los vascos nada se sabe y nadie los estudia y son, según el autor, una clara mayoría silenciosa.

MERCEDES RIVAS ARJONA
Universidad Rey Juan Carlos

DE ONTAÑÓN, Eduardo, *Cuartel general. La vida del general Miaja en 30 capítulos*, Edición a cargo de Ignacio Fernández de Mata, Palencia, Ediciones Cálamo, 2014, 236 pp.

Cuartel General es un libro del que resulta tan importante el contenido como las circunstancias que rodearon su proceso de edición y su milagrosa supervivencia. Se trata de una obra de propaganda dirigida a elevar la moral de los partidarios de la República y que se le encargó al periodista

burgalés Eduardo de Ontañón, quien fuera director de *El Sol*, en plena Guerra Civil. Pero el texto nunca llegó a cumplir su función. Fue impreso y hasta se anunció su publicación para los últimos días de 1938, como puede verse en la *Hoja Oficial del Lunes* de Barcelona, donde la editorial Nuestro Pueblo comunicó el 19 de diciembre su inminente puesta a la venta ese mismo mes. Sin embargo, las circunstancias que se vivieron en la ciudad, asediada por las tropas sublevadas en su ofensiva contra Cataluña, impidieron la distribución de un libro que al final jamás vio la luz.

Todo indica que únicamente sobrevivió un ejemplar de la obra, que se conservaba en Salamanca, en el otrora denominado Archivo de la Guerra Civil, donde acabó junto con todo el material que la naciente dictadura iba a utilizar para instruir su despiadado proceso represor. Allí fue venturosamente encontrado por el antropólogo Ignacio Fernández de Mata, profesor e investigador de la Universidad de Burgos que dirige el grupo de investigación “Sociedad y conflicto. Estudios culturales de las violencias”. Y este feliz hallazgo ha posibilitado una reedición que en cierto modo no es tal, dado el carácter, en pureza, nonato de la obra, que pese a haber llegado a imprimirse puede considerarse inédita si atendemos a su nula distribución y, por tanto, la falta de recepción por un público lector. De ahí que su descubridor afirme tajante-

temente que *Cuartel General* “es hoy un libro nuevo”.

El propio Fernández de Mata es autor de un prólogo definido como “Introducción” que es bastante más que eso, ya que constituye un estudio preliminar en toda regla; de hecho, así es designado en otras notas posteriores. Gran conocedor de la obra de Ontañón, define al burgalés como “un verdadero hombre de cultura” que, criado en un ambiente progresista y seducido por el mundo popular, cultivó un estilo de periodismo social muy personal que no dudó en poner al servicio de la causa republicana. Debido a ese compromiso, en 1939 tuvo que emigrar a Francia, para terminar fijando su residencia en México. Y todavía hoy, igual que sucede con muchísimos publicistas que sostuvieron ideas democráticas en la España de preguerra, no parece haberse hecho del todo justicia con su figura.

Cuartel General es un libro ambientado en Madrid, una ciudad que todo el mundo juzgaba neurálgica y que Ontañón consideraba “el puesto de mando de la independencia de España”. Es bien sabido que Miaja dirigió su resistencia como presidente de la Junta de Defensa. Ahora bien, versando en principio sobre este célebre personaje, lo cierto es que, en la práctica, la obra se detiene para retratar el universo de las personas “menores”, del pueblo *lato sensu*, sometido a una idealización que pretende elevarlo a la categoría de héroe colectivo. El

objetivo, como se decía, es fundamentalmente propagandístico, así que sus treinta breves capítulos, a modo de escuetas crónicas periodísticas, aspiran a ser otras tantas bocanadas de aliento para una lucha que se reputa decisiva y cuyo ánimo empieza a verse socavado por el desgaste. La propia selección que el autor hace de los elementos que componen la realidad que vive y retrata, así como el proceso de idealización al que somete muchos de ellos, representa igualmente un material soberbio para quien estudie la historia de la propaganda.

Ontañón abrigaba una idea bastante meditada de cuál debía ser la actividad de los escritores en semejantes circunstancias bélicas. Estaba persuadido de que su labor encerraba una trascendencia parangonable a la de los soldados del frente y sabía a la perfección en qué debía consistir esta literatura de guerra. En un artículo publicado en *El Sol* el 28 de septiembre de 1937, la consideraba una “formidable fuerza de combate” que permitía lograr “victorias en los cerebros más lejanos, que es tanto como ganarlas en las trincheras”. De ahí su rotunda conclusión: “se necesitan libros de guerra”. Una misión, además, que se concibe parcialmente ligada al cometido historiográfico, faceta que se refleja bien en *Cuartel General*, donde se habla de la sensación de vivir un momento trascendental y la necesidad de escribir sobre él “para dejarlo bien perenne a través de los tiempos”.

Dicho esto, si hacemos abstracción del tono épico y los componentes mitificados, la obra tiene mucho de fresco sociocultural, con profusas reminiscencias costumbristas, en el que se intercalan numerosas apreciaciones sobre cómo se vivía la guerra en Madrid desde lo cotidiano. Así el ajetreo de las redacciones de periódicos, las esquinas plagadas de carteles y avisos, los tranvías abarrotados que marchan hacia el frente, los cafés bulliciosos, las arengas y canciones para levantar la moral, el ir y venir de grupos armados, las fachadas salpicadas de metralla, el valor estratégico del alcantarillado, los obuses estallando en las aceras, el metro funcionando como refugio o las proyecciones cinematográficas improvisadas sobre paredes blancas y sábanas. Todo ello acompañado de un friso interminable de tipos populares con el que se busca magnificar al pueblo enalteciendo su coraje, su voluntad, su resistencia, su patriotismo... y entreverando un sinfín de observaciones que están hechas con “un fino sentido etnográfico”, que es como Fernández de Mata define el tratamiento dado a los muchos cantares recogidos.

En este sentido, la obra de Ontañón puede sumarse a otras muchas fuentes primarias de época que, bien utilizadas, permitan reconstruir y caracterizar una serie de aspectos de la Guerra Civil que resultan del mayor interés. Jalona sus páginas, por ejemplo, un número apreciable de refe-

rencias a las mujeres; ciudadanas que distribuyen periódicos, construyen barricadas, reúnen botellas de gasolina para fabricar bombas de mano, presencian mítines, arengan desde la butaca a los espectadores del cine, ovacionan a los suyos, levantan a sus niños para que alcen el puño, delatan a los enemigos, pasan con el arma en la mano, siguen en su puesto en momentos críticos —así las mecanógrafas— o protagonizan icónicamente los carteles. Incluso para la historia de los sentimientos y las emociones, últimamente tan en boga, hay un goteo de testimonios provechosos que hablan del miedo, la preocupación, el nerviosismo y otras muchas impresiones captadas de forma muy gráfica y expresiva. Así cuando se habla de la “emoción profunda, punzante como un escalofrío, que recorrió el despacho” en cuanto alguien gritó: “¡Con un pueblo así no se puede perder!”. La propia reacción del pueblo español se define en su conjunto como “un gran movimiento popular, sincero, patriótico [...], fuerte, clamoroso, emocionante”.

A medida que se avanza en la lectura de la obra, sucede que hay largos pasajes en los que Miaja parece lo de menos, reduciendo su presencia hasta extremos llamativos aunque sin desaparecer del todo. El asturiano se nos presenta como un tipo excepcional, un sencillo “militar del pueblo” a quien las circunstancias y el azar sitúan en un destino *quasi* providencial y

que, desde que lo asume, “empieza a alumbrar el Madrid a oscuras”. Aparece como un ciudadano humilde y afaible pero recto, enérgico, del que depende “la independencia de España”, que se ve amenazada por la barbarie, por los feroces ataques de quienes han traicionado a la República. Un hijo de Asturias que no reniega de su tierra natal y recuerda su juventud en Oviedo como “la mejor época”. Frente a él, sitúa a una banda de rufianes desleales, ayudados por brutales extranjeros y encabezados por Franco, “el generalito”, a quien define como “un traidor capaz de todo”, un personaje “viscoso”, “solapado y madamón”, poseído de una “vanidad femenina”, ridículo con “su boca babosa de eses” y “su carita de peluquero parisino”.

Ontañón glorifica una lucha que, según puede leerse en un pasaje del libro, “se iba a convertir en una guerra por la paz del mundo”; exalta al general Miaja, a quien se define como “el hombre más admirado de Europa”, y laurea a Madrid, que actúa como “capital del mundo democrático”. De acuerdo con Fernández de Mata, “es propaganda, sí, pero también es periodismo, ilusión y compromiso”. En cualquier caso, más allá de la hipébole puesta al servicio de la causa y del grado de recreación ficticia que pueda alcanzar la obra, resulta indiscutible que el cronista burgalés, como testigo que fue de la guerra, nos ha legado una inestimable visión del Ma-

drid de entonces y de sus gentes, con sus oficios y quehaceres, sus miedos y sus esperanzas.

SERGIO SÁNCHEZ COLLANTES

Universidad de Burgos

CASANOVA, Julián; CENARRO, Ángela (eds.); LANGARITA, Estefanía; MORENO, Nacho; MURILLO, Irene, *Pagar las culpas. La represión económica en Aragón (1936-1945)*, Barcelona, Crítica, 2014, 368 pp.

Desde mediados de los años noventa del siglo pasado, la investigación acerca de la Ley de Responsabilidades Políticas, sus antecedentes, su aplicación, el alcance punitivo de su contenido, etc., vivió un salto cualitativo de gran magnitud. En el territorio que mejor conozco, Cataluña, el trabajo pionero del grupo de historiadores liderados por la profesora Conxita Mir, nos descubrió unos fondos documentales extraordinariamente interesantes, abundantes y pavorosos. A partir del estudio de caso de Lleida, arrancaron otras investigaciones en el resto del territorio, algunas de carácter sectorial, otras geográficas, que dieron por absolutamente y definitivamente superado el superficial análisis que, en los años ochenta, incorporó el profesor Solé Sabaté en su trabajo acerca de la represión de posguerra en las tierras catalanas.